

LA SORPRESA DE DUNCAN

Había dificultades en la casa de los Mackay, situada en un vallecito entre las verdes colinas de Escocia. El jovencito Duncan, la cabeza erguida y despidiendo fulgores sus ojos grises, se oponía a su madre en abierta rebelión.

-No voy a cuidar de Juanita hoy -declaró-. El primo de Rab, que vino de Glasgow, va a mostrarnos cómo juegan a la pelota en su escuela y ...

-No puedes jugar con ellos esta vez, muchacho -le contestó la madre en tono amable, pero firme- Los soldados ingleses seguramente se han de detener aquí para almorzar. Tendré bastantes preocupaciones sin la nena.

-¿y por qué tienes que alimentar a los soldados del inglés Eduardo? Somos escoceses, y Bruce es nuestro rey.

-¿Por qué? Sencillamente porque no podemos evitarlo. Nos perjudicaríamos nosotros mismos, y no beneficiaríamos a nuestro rey si resistimos a los ingleses siendo, como son tan numerosos. No hables de cosas que no entiendes, Duncan. Llévate a Juanita afuera, cuidala y juega con ella durante algunas horas mientras los soldados estén aquí. Te prepararé una buena merienda para que se puedan dar un verdadero picnic.

Pero Duncan seguía enojado y frunciendo el ceño.

-¿Por qué siempre tengo que cuidar de Juanita como si yo fuese una niña? -preguntó- Los muchachos se burlan de mí. Me llaman niñera.

Esto sucedió hace como 600 años, cuando el rey de Inglaterra quería conquistar el reino de Escocia. Pero a un muchacho de nueve años de aquellos tiempos le desagradaba tanto como a uno de nuestra época que se lo considerase como a una nena y se lo llamara niñera.

-Por cierto que no debe importarte lo que te digan ellos -dijo la madre en tono burlón.

-Pero ¿por qué? ...

-Calla, Duncan -y la voz de la madre expresó impaciencia- Es triste para la pobre Escocia -añadió suspirando- que, mientras su rey debe ocultarse en los bosques y las cuevas como una fiera, sus niños pregunten a sus madres: ¿Por qué, por qué?, en vez de obedecerles. Ahora haz lo que te digo, Duncan, o tendré que hablar con tu padre acerca de esto.

Duncan cedió. Aun otras almas más fuertes y valientes que la suya cedían al pensar en el fornido pastor Mackay y el grueso bastón que llevaba.

-Cuidaré de la nena, mamá -dijo el muchacho mansamente.

Duncan, conduciendo lentamente a Juanita de la mano, no había llegado muy lejos de la casa cuando oyó voces y pisadas presurosas. Rab Stuart y su primo de Glasgow, y otros tres muchachos, llegaron corriendo.

-Lleva a la nena de vuelta a casa, Duncan. Iremos todos a la pradera donde es llano y jugaremos a la pelota.

-No puedo jugar hoy -explicó Duncan ceñudo-. Tengo que atender a Juanita mientras mamá prepara la comida para los soldados.

-¡Así que banquetean a los soldados ingleses! -dijo burlona mente David Grant.

-Sí, porque nuestra casa está cerca del camino -respondió con ira y seriedad Duncan-. Cuando los soldados vienen por aquí siempre se detienen en nuestra casa, como todos los demás viajeros. La casa de los Mackay -y el muchacho se irguió orgullosamente, como había visto hacerlo a su padre- está siempre abierta para el hambriento y el cansado, sean humildes o encumbrados, amigos o enemigos.

Los muchachos no tenían nada que responder a esto.

Duncan se dio vuelta para irse.

-Prometí a mi madre que cuidaría de Juanita -dijo-, y es lo que voy a hacer.

-Muy bien, que te vaya bien, "niñera" -dijo riendo David.

-Si la nena no estuviese aquí. .. -dijo Duncan, cerrando los puños. -¡Niñera! ¡Niñera! -repitió David, sintiéndose seguro. Los otros muchachos se sumaron al coro para gritar:

-¡Niñera! ¡Niñera!

Duncan los miró con desprecio.

-Todos tenéis celos de mí y de Juanita -dijo-. Tenéis celos porque nuestro padre vio al rey Bruce con sus propios ojos y habló con él como con un amigo. Ninguno de vosotros puede decir lo mismo.

Esto hizo acallar a sus atormentadores. Duncan entonces dijo bondadosamente:

-Ven, nena -y echaron a caminar hacia las colinas situadas al norte del valle.

-No vayas lejos en las montañas, Duncan -le gritó Rab-. Hay un lobo que anda suelto. Anoche se comió uno de los corderos de Santiago MacElroy. El alcanzó a verlo cuando huía con su presa. Dice que es un animal tremendo.

-¿Quién le tiene miedo a un lobo? -preguntó orgullosamente Duncan-. Ningún lobo ataca al hombre en pleno día.

-Pero tú eres solamente un muchacho -le recordó Rab-, y tienes a la nena.

-Puedo proteger a Juanita -contestó Duncan sin siquiera mirarlo. Juanita se aferraba de su mano. No tenía temor de nada mientras su hermano estuviese con ella.

Los dos caminaron hasta llegar a un arroyito que se abría paso murmurando entre los arbustos. Al otro lado, cerca de un bosquecito de avellanos, había una roca ancha y lisa.

-Es un lindo lugar para comer -dijo Duncan-. Nos servirá de mesa -y Juanita aplaudió deleitada.

Habiendo acomodado a su hermana sobre una frazada que la madre había puesto en la canasta, nuestro muchacho procedió a acomodar el almuerzo sobre la roca. Tenían buena y abundante comida: bizcochos de avena, queso casero y un frasco de leche con crema.

De repente Duncan se sintió incómodo. Era la sensación que a veces uno tiene cuando lo vigilan ojos invisibles. El muchacho volvió a cruzar el arroyo, y se situó frente a Juanita, con los ojos fijos en el bosquecito de avellanos. No soplaban ninguna brisa, pero parecía que algo agitaba las ramas de los avellanos. Pensó en el gran lobo que se había llevado un cordero de Santiago MacElroy.

Se agachó y alzó a la nena, con la intención de correr con ella por el valle. Quería salvar a su hermanita o morir defendiéndola. En ese momento, una voz de hombre, en tono sorprendentemente amable, salió del matorral y le dijo:

-¡No te asustes, muchacho!

Se abrió el matorral y salió un hombre. ¿O era acaso un hombre? Parecía más el hermoso gigante de algún cuento, por lo alto que era. Sus ropas, aunque sucias y desgarradas, eran asombrosamente lujosas.

-Buenos días, amiguitos -dijo el extraño con el sombrero en la mano-. ¿Podrías decirme dónde queda la casa del pastor Mackay?

-Sí, señor, no está lejos; en la boca del vallecito, detrás de la colina -contestó Duncan, señalando con la mano en dirección a su casa- Yo soy el muchacho Mackay -añadió con orgullo.

-Debiera haberlo sabido por tu aspecto -dijo el extraño con una sonrisa- ¿Y esta pequeña beldad es tu hermana? He oído hablar de ambos. Tu padre me dijo que si alguna vez pasaba por acá debía detenerme para comer unas masitas y queso.

-Sí, los viajeros son siempre bienvenidos en la casa de Mackay -contestó Duncan con amabilidad- Todos vienen...

Pero se interrumpió repentinamente y miró fijamente al hombre. Esa elevada estatura, esos ojos fulgurantes bajo una rizada cabellera le recordaban aquellos de los cuales a menudo le había oído hablar a su padre. ¡Este apuesto forastero no podía ser sino Roberto Bruce, el legítimo rey de Escocia!

Duncan dobló una rodilla y murmuró:

-Su Gracia, su Majestad está en peligro. No se acerque a la casa de mi padre. Hay soldados ingleses que comen allí. Creo que han venido en busca suya. Tal vez sepan que Ud. se esconde por aquí; mejor que se apresure a alejarse.

Roberto Bruce hizo levantar a Duncan y le dijo:

-¡Hijo leal de un padre leal! Sí, me iré, pero -y miró hacia la comida extendida sobre la roca-¿me darías una masita para comer mientras camino?

Como respuesta el muchacho juntó casi todas las masitas y las puso en manos del rey, diciendo:

-Sólo guardaré algunas para Juanita. Ya no tengo hambre. Llévase también este trozo de queso y esta botella de leche. Nosotros podremos comer mucho más cuando se vayan los soldados.

El rey le agradeció y se puso las provisiones en los bolsillos. Luego, después de besar a ambos niños, desapareció en el bosque.

-Arrodíllate, nena -murmuró Duncan-. Ora con tu hermano para que Dios guarde a este señor sano y salvo. Y nunca digas a nadie sino a papá y mamá que lo has visto. Prométemelo.

Juanita prometió, puesto que su hermano así lo pedía y repitió, como un pequeño eco, la oración que hacía Duncan en favor del "hombre". Después de esto, comió unas masitas, tomó un poco de agua del arroyo y se durmió. El muchacho veló a su lado, repitiendo la oración vez tras vez.

Más tarde, después que los soldados ingleses se hubieron marchado, Duncan contó a sus padres su extraña aventura. La madre se rió burlescamente.

-¡Cuán tontuelo eres! -exclamó- Cualquier vagabundo que pase puede llamarse Bruce para obtener buena comida.

Pero el padre, que se llamaba también Duncan, miró gravemente a su hijo y dijo:

-¿Dices hijo, que ese hombre era más alto que la mayoría de los hombres y tenía ojos que brillaban como acero?

-Sí, papá, pero fue muy amable con nosotros.

-¡Era Bruce, no era otro sino él! -dijo el pastor Mackay, acariciando la rubia cabeza de su hijo-. Mamá, nuestro hijo salvó al rey.

-Y todo se debió a Juanita, mamá -dijo Duncan, con cierto sentimiento de vergüenza, pero muy feliz a pesar de todo-. Me alegro de haberte cuidado la nena.

La madre procuró ocultar el orgullo que llenaba su corazón. Le dijo:

-Uno siempre se alegra de haber hecho lo bueno.

Roberto Bruce se escapó sano y salvo del vallecito, y se reunió con sus leales que estaban en las montañas.

En muchas otras ocasiones logró escapar a duras penas, pero al final venció a sus enemigos y fue reconocido como rey de Escocia.